

Ella y su gato

NEFELIBATA



HISTORIA DE
MAKOTO SHINKAI
ESCRITA POR
NARUKI NAGAKAWA

Ella y su gato

Traducción del japonés
de Gabriel Álvarez



Duomo ediciones

Barcelona, 2021

Título original: *Kanojo to kanojo no neko*

© Makoto Shinkai/CoMix Wave Films, 2013

© Naruki Nagakawa, 2013

© de la traducción, Gabriel Álvarez Martínez, 2021

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán, 2021

Edición original publicada por KAZEN CORP., Tokio. Esta traducción se ha publicado gracias al acuerdo con KAZEN CORP., a través de The English Agency (Japan) Ltd. y New River Literary Ltd.

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-18128-55-4

Código IBIC: FA

DL: B 2.097-2021

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

I. Un mar de palabras	11
II. Primeras flores	63
III. El sopor y el cielo	121
IV. La temperatura corporal del mundo	169

I.

Un mar de palabras

1

Sucedió un día lluvioso a comienzos de primavera.

La llovizna, blanda como la niebla, me empapaba. Estaba tendido a un lado de la acera. Los transeúntes tan solo me miraban de reojo y se alejaban apurando el paso. Al cabo de un rato ni siquiera era capaz de levantar la cabeza y contemplaba el cielo plomizo con un solo ojo.

A mi alrededor todo era calma, salvo por el ruido lejano del tren, que se parecía a un trueno. El traqueteo que producía al pasar por la vía elevada era intenso y acompasado.

Ese ruido me despertó un fuerte anhelo.

Si los tenues latidos de dentro de mi pecho bastaban para mantenerme en movimiento, qué es lo que no haría aquel sonido.

Con toda seguridad era el palpitar del mundo. Un

mundo fuerte, grande, perfecto. Pero yo no lograba formar parte de él.

Las finas gotas caían al mismo ritmo, sin hacer ruido. Con la mejilla pegada al fondo de la caja de cartón, comencé a sufrir una alucinación en la que mi cuerpo levitaba lentamente.

Cada vez subía más alto, hacia el firmamento.

Pronto se oiría el sonido de un corte y en ese instante me separaría de este mundo.

Al principio la que me mantenía unido al mundo era mi madre.

Cálida, buena, me daba todo lo que deseaba.

Ahora ya no estaba.

No me acuerdo de cómo ocurrió, de cómo terminé calado por la lluvia dentro de una caja de cartón.

No podemos recordarlo todo. Solo retenemos lo verdaderamente importante. Pero no había ni una sola cosa de la que quisiera acordarme.

La lluvia blanda me empapaba.

Yo, vacío por dentro, ascendía lenta, muy lentamente hacia el cielo gris.

Entonces cerré los ojos y aguardé el momento decisivo en el que me separaría del mundo de una vez por todas.

Tuve la sensación de que el ruido del tren era cada vez más fuerte.

Al abrir los ojos, vi la cara de una humana. Me observaba desde arriba, con un gran paraguas de vinilo en la mano.

¿Cuánto rato llevaba allí?

La mujer me miraba agachada con el mentón apoyado sobre las rodillas. La larga melena le caía sobre la frente. Al chocar contra el paraguas, el ruido del tren sonaba con más fuerza que nunca.

Empapados, tanto su pelo como mi cuerpo se habían vuelto más pesados; la agradable fragancia de la lluvia lo inundaba todo.

Tras esforzarme en erguir el cuello, la miré a la cara con los ojos abiertos.

Sus pupilas temblaron. Durante un segundo apartó la mirada pero luego volvió a contemplarme fijamente, con decisión. Y así pasamos un rato, observándonos el uno al otro.

El eje de la Tierra rotaba en silencio mientras nuestra temperatura corporal, la suya y la mía, no paraba de enfriarse de manera callada en medio del mundo.

—¿Te vienes conmigo?

Las yemas de sus dedos, frías como el hielo, tocaron mi cuerpo. Me levantó con cuidado entre sus brazos. Vista desde arriba, sorprendía lo diminuta que era la caja de cartón. Ella me envolvió entre la

chaqueta y el jersey. Costaba creer la calidez de su cuerpo.

Sentí sus latidos. Echó a andar en dirección al ruido del tren. Ella, yo y los latidos del mundo nos pusimos en movimiento a la vez.

Ese día ella me recogió. Por eso soy su gato.



En la sociedad las palabras lo son casi todo.

Me di cuenta al encontrar empleo e iniciarme en la vida adulta. «Haz tal cosa», «Dale tal recado a fulanito». El trabajo progresa única y exclusivamente gracias a esos intercambios equívocos de palabras que enseguida se esfuman. Aunque todos lo den por sentado, a mí me parece casi un milagro.

Me gusta comunicarme por medio de documentos porque tienen un formato fijo y perduran. La elevada estima que me tienen en mi actual trabajo se debe a que me ofrezco voluntaria para esa clase de tareas que aburren a todo el mundo.

Me siento más cómoda tratando con documentos que con la gente. No se me da bien hablar. Enseguida

me quedo sin conversación. En cambio, todos mis amigos son parlanchines. Cuando charlo con Tamaki, una amiga de la diplomatura universitaria, siempre me parto de risa con sus constantes ocurrencias.

Tamaki sabe encontrarle diversos sentidos a aquellos paisajes que a mí no me dicen nada. Como si ella viese algo que pasa inadvertido a mis ojos. Me parece una chica increíble.

Me gustan las personas parlanchinas.

Mi novio se llama Nobu. Es un año menor que yo y habla por los codos: de la agencia de seguros en la que trabaja, de películas de ciencia ficción y de música electrónica. De antiguas guerras chinas. Me cuenta de todo un poco.

Gracias a él me he familiarizado con el sistema de seguros y con nombres de comandantes militares.

A Tamaki se le da bien expresar en palabras las cosas externas; a Nobu, sacar todo lo que acumula en su interior en forma de palabras. Yo soy incapaz de hacer ninguna de las dos cosas.

Al llegar la primavera, me acuerdo de la primera vez que alquilé un piso. Sobre todo en días lluviosos como este.

Recorrí sola las inmobiliarias y, con el miedo en el cuerpo, firmé el contrato. Era la primera vez que abandonaba el nido. El día de la mudanza llo-

vía como hoy y Tamaki vino a echarme una mano. Trajo consigo a un chico que iba al curso anterior al nuestro: Nobu.

Después de que los dos me ayudasen a desembalar cajas y a montar estanterías, nos fuimos a comer a un restaurante cercano que tenía un menú del día.

Dicha situación –que mi amiga y un chico me hubiesen ayudado a mudarme y fuésemos a comer juntos– me resultaba nueva y tan irreal, como si sucediese en una serie de la televisión, que no sabía muy bien cómo describirla, a lo que Tamaki replicó:

–Esto me recuerda a mis tiempos de estudiante.

Nobu se rio.

Yo también sonreí de manera forzada. Me di cuenta de que la gente normal ya hacía tiempo que había pasado por esa experiencia.

Al final, el hecho de vivir sola no cambió nada en mí.

Un tiempo después de haberme mudado, Nobu vino solo a casa.

El grifo de la lavadora estaba flojo y a menudo perdía agua en la unión con la manguera. Me quejé de esto a Tamaki y ella consiguió que viniese Nobu.

Me quedé desconcertada al verlo solo porque, in-

genua de mí, creía que ella lo acompañaría. Nobu trajo consigo unas herramientas que había comprado en una ferretería y me arregló la fuga. Yo ni siquiera sabía cerrar la llave del agua.

«Con un hombre como este a mi lado seguramente sería feliz», pensé, expresando mis sentimientos con una facilidad que me sorprendió hasta a mí.

Nunca antes había conseguido sincerarme conmigo misma de tal modo.

Ese día, Nobu se quedó a dormir.

Comprendí que las palabras pueden cambiar el mundo y eso me asustó un poco.

A partir de entonces quedábamos en mi piso casi cada semana, pero de repente Nobu empezó a tener mucho trabajo y comenzamos a vernos menos.

Yo lo consideraba mi novio.

Quiero pensar que el sentimiento era mutuo, aunque él nunca expresase con palabras qué opinión tenía de mí.

En las revistas de manga *shōjo* que leía una y otra vez durante la primaria, la historia siempre finalizaba con la protagonista echándose novio. Uno de los requisitos para ser feliz era tener novio. Luego me di cuenta de que, en realidad, la cosa no era tan sencilla.

A veces las personas se sentían mucho más solas con pareja que sin ella.

Ese era el primer día en tres meses que veía a Nobu. Por fin había podido quedar con él. Paseamos juntos bajo la lluvia primaveral. Él estuvo tan parlanchín y tierno como de costumbre.

Me encantaba dejarme mecer por sus palabras, flotar en ellas. Pero al quedarme sola me invadía la angustia. Como cuando una está nadando en el mar y de repente se da cuenta de que no hace pie.

«Somos novios, ¿verdad?».

Era incapaz de preguntárselo. Si su respuesta implicaba el fin de nuestra relación, me ahogaría.

Ese día, como si fuera un satélite, volví a dar rodeos en torno a lo que realmente quería preguntarle y me limité a asentir con gestos a sus palabras.

Parecía una niña pequeña. A lo mejor eso me pasaba por no haber zanjado el tema cuando estaba en primaria.

Al final, no me dijo lo que yo quería escuchar.

Nos despedimos cerca de su oficina. Me imaginé que tardaríamos en volver a vernos.

Al llegar a la estación, regresé por un camino distinto al de siempre. Di un pequeño rodeo porque tenía ganas de caminar bajo la fría lluvia de principios de primavera.

Ahí fue donde me topé con el gato.